

LA ESCUELA DE VIDA

Esther Ferrándiz Rodríguez

Resumen: La educación no puede conformarse con esquivar distintas corrientes ideológicas que minan un sano desarrollo, sino que debe mirar más allá, sin que sea arrebatado el verdadero sentido de la educación, permanecer fiel a la persona completa y a esta fecunda relación entre educando y educador. El educador debe estar introducido personalmente en una escuela de vida, sin perder de vista “que el auténtico educador es Dios. Solo Él conoce a todo hombre en su interior más profundo (...) los educadores humanos no son más que instrumentos en las manos de Dios” (E. Stein, 2007).

La persona no es un camino científico, sino un camino de Fe, sólo en la Fe podemos tener la luz para comprender quién es el hombre. Se puede ser un prestigioso educador, pero con una excesiva atención hacia los dinamismos psicofísicos, dejando en el olvido el misterio profundo de la persona, quedando mermado el despliegue de todas sus dimensiones que le conducen a alcanzar la plenitud de ser humano.

Dios es quien tiene las claves del hombre (Juan Pablo II, 1998) porque Dios es amor, ha hecho al hombre a su imagen y semejanza. La esencia de Dios es el amor y la esencia del hombre es el amor. Es necesario volver a Dios. Es una persona divina, Cristo, la que da la clave de la persona humana (Juan Pablo II, 1998).

Palabras clave: persona, relativismo, identidad, escuela, vida.

1. LA EDUCACIÓN EN EL RELATIVISMO

En el momento actual se impone el relativismo como una idolatría, impregna todos los ámbitos, tanto sociales como privados. Pone en duda la realidad profunda



del ser humano, hasta hace poco comúnmente aceptada por una sociedad arraigada en el cristianismo, con unos valores concretos: un ser capaz de trascenderse, capaz de sufrir, de sacrificar placeres inmediatos en pro de un bien mayor, la castidad, la vida, el sufrimiento... Valores todos que quedan hoy excluidos en gran medida de la educación laica, que siguen el mismo camino en la educación católica y que se relegan, para quien le interese, a la esfera privada.

Estamos situados ante una serie de despropósitos sociales, morales y educacionales donde las mismas leyes conceden derechos a realidades que atentan contra la persona misma, inyectando ideologías en la raíz del desarrollo del ser humano: la educación. Esto supone unas consecuencias, una lamentable esterilización del ser humano en muchas de sus sorprendentes manifestaciones. “El relativismo es peligroso concretamente para la formación del ser humano en lo particular y en la comunidad. La renuncia a la verdad no sana al hombre” (J. Ratzinger, 2005).

Este peligroso relativismo desarraiga a la persona de su máxima como ser humano. Cuando la misión de la verdadera educación es aquella que pone en relación al educando con la plenitud, no lo determina, no somete a la persona a una ideología reduccionista y utilitarista, a realidades tantas veces manipuladas que lo llevan a caminar en un círculo centrífugo, que lo alejan del conocimiento de la realidad y de la que es heredero (A. Scola, 2001). La verdadera educación lanza al educando a un camino fértil, fuera de toda manipulación, de toda posesión, de todo círculo vicioso, a un movimiento constante de interrogación interior sobre la realidad y a una adecuada relación educativa que produce unos frutos.

Si la educación en su sentido originario pretende la sustancial formación de la persona en la totalidad, ¿cómo puede la misma sociedad lanzar al educando, bajo pretexto de tolerancia globalizada, a un verdadero caos? Se están dando procesos que llevan a la persona hacia la ignorancia, asegurando una aparente, pero infructuosa, educación.

Es urgente cimentar la educación sobre la roca, Cristo; Él nos descubre quiénes somos, nos descubre nuestra auténtica identidad. Una educación cimentada sobre la Verdad nos conduce indefectiblemente a la plenitud como seres humanos. La persona tal y como Dios la ha pensado es muy difícil que salga adelante, con medios y leyes que atentan contra lo más íntimo del hombre, contra su identidad profunda, tanto en colegios aconfesionales y laicos como en determinados colegios católicos.

La educación parte del soplo de vida introducido en el hombre, que no podemos abandonar si no queremos caminar hacia una angustiosa desorientación. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, con una identidad irrepetible (J. V. Arregui y J. Choza, 2002), por lo que la educación debe partir de un marco antropológico cristiano adecuado que, aprehendiendo a la persona completa (E. Ortiz, J. Prats y G. Arolas, 2004), la introduzca en la realidad última que lo finaliza.



La educación entendida desde el conocimiento de la persona completa (E. Ortiz, J. Prats y G. Arolas, 2004) es una revolución porque no es mera instrucción, sino que impregna la relación educativa del amor por la verdad.

La cultura actual, especialmente a través de los medios audiovisuales, invita al hombre a ir de experiencia en experiencia, induciendo a la persona a que su guía sean únicamente sus sentidos; no obstante, el ser humano no es un ser únicamente natural, sino que también es un ser espiritual (J. Gevaert, 1993).

La persona es mucho más que su expresión, que sus sentidos, que sus cualidades. Ésta es única e irrepetible, la educación debe abarcar también la estructura interna, no solo sus sentidos sensibles; la persona no es educada únicamente para ser competente, sino que debe ser educada para saber amar, para adentrarse en la maravillosa aventura de conquistar el pleno desarrollo como ser humano.

2. LA EDUCACIÓN CRISTIANA UNIFICA TODOS LOS DINAMISMOS DE LA PERSONA

Toda sociedad debe educar personas (E. Mounier, 1990), desarrollando una educación que vaya más allá de la psique de la persona, que integre todos sus dinamismos. Que eduque a la persona completa, sin caer en reduccionismos que más bien acabarán tensando algunos dinamismos en el educando y destensándolo de otros. La educación debe conducir a la persona a lograr una unidad tensa ante la vida (E. Ortiz, J. Prats y G. Arolas, 2004), que pueda hacerle frente, crecer, superarse a sí mismo.

El ser humano está capacitado para la conversión, a coger en peso la realidad existencial que tiene en cada momento en las manos, a cambiar la dirección de su vida. Es capaz de arrepentimiento y de reorientar su propia vida, de trascenderse en las situaciones límites, siendo capaz de negar el pretendido carácter único y utilitarista de la vida. Esto es lo que hace del ser humano un ser admirable.

Educar a la persona es introducirla en el descubrimiento de la realidad, lanzarla al infinito para que ella misma se interrogue y la investigue, ya que la persona tiene nostalgia de la plenitud (A. Scola, 2001). Hoy, este concepto, *la realidad*, está en crisis. Vivimos en una sociedad que cree que la razón es el absoluto y, ante la idolatría del relativismo, la persona queda fuera de la realidad; sin embargo, la persona está creada para ser sorprendida por ésta. Si la persona eleva los deseos como el orden principal de la existencia, se produce una ruptura con la realidad, el ser humano pierde la capacidad de dejarse sorprender por ella y se produce una escisión entre persona y realidad; como consecuencia, todo razonamiento será falso, porque partirá de las emociones. Junto con las distintas ideologías que fluyen en las sociedades se impone “la dictadura del relativismo” (A. Polaino, 2004), parece que estamos obligados a aceptar cualquier razonamiento perfecto, aun cuando éste no haya partido de una premisa verdadera, sino de otros intereses.



El camino del hombre es un camino mucho más profundo que la vida sensible, es un camino hacia el interior, hacia Dios, que está presente en él (Agustín de Hipona, 1999). La persona debe ser educada en un orden de amor perfecto, donde ame más lo que merece ser más amado (E. Ortiz, J. Prats y G. Arolas, 2004), aun cuando medie el sufrimiento, ingrediente indispensable en el desarrollo del ser humano (Juan Pablo II, 1984) y, por tanto, de la educación. La educación que desdeña el sufrimiento aboca al educando a la permisividad; el educador debe saber acompañar en el sufrimiento al educando, no evitarlo como algo negativo para su desarrollo, pues éste es fuente de sabiduría y templará su ser sensible-afectivo, “Cristo aprendió sufriendo a obedecer” (Heb. 5).

La vida se nos presenta como un combate al que la persona tendrá que hacer frente y la respuesta ante éste será el fruto de cómo haya sido educada. El educador debe ejercitar la paciencia y la espera en el educando, indispensables para afrontar las dificultades que se presentan a lo largo de la vida; educar este “yo y ahora” conlleva sufrimiento, pero también crecimiento y madurez, más cuando nos encontramos ante la cultura de la inmediatez y el placer (J. Pérez Adán, 2001; J. Pérez Adán y J. Ros, 2003). Una persona enseñada a esperar está siendo enseñada a amar. Una escuela fértil debe ser una escuela de vida.

Amar conlleva sufrimiento porque hay una renuncia al “yo” (A. Polaino, 2004), y paradójicamente, esta práctica continuada desarrolla en el “yo” un ser nuevo, “quien pierda su vida por mí la encontrará” (Mt. 16, 25). Una sociedad de egocéntricos es una sociedad enferma; la persona debe estar orientada hacia el otro, no hacia lo que le produce mayores sensaciones físicas o psicológicas, ya que esto conduce a la desunificación interior que va despojando de su belleza al ser humano (C. Cafarra, 1995).

3. EL PSIQUISMO DE LA PERSONA, PARTE SUPERFICIAL DEL CORAZÓN

Toda educación conlleva en su base una antropología, pero ésta puede ser nociva para el educando si no es adecuada (R. Guardini, 2006). El educando lleva en sí mismo una búsqueda de la verdad, que lo hace ser capaz de investigar, de descubrir más allá de lo que sus sentidos y su biología le proponen. En la educación es necesario creer en las admirables potencialidades del ser humano, siendo su dimensión espiritual una potencia capaz de llevarle donde ni sus emociones, ni su biología, ni sus afectos, ni siquiera su razón e inteligencia pueden conducirle. Educar es, por una parte, creer en el educando más allá de lo que los ojos y la psique del educador le proponen y, por otra, lanzar al educando a la infinitud de la vida, a realidades inagotables.

Freud (D. Schultz y E. Schultz, 2003), al estudiar al hombre, lo ha disociado del corazón y ha hecho de esto materia de estudio global, representando a la persona humana completa simplemente a través de su inconsciente, incluyendo lo que es el dominio psíquico y físico, así como lo concerniente a las tres facultades sensibles: la afectividad,



la memoria y la imaginación. Estas tres facultades, que son parte del hombre y están a su servicio, son puestas sin embargo al servicio del placer del sujeto, que quiere dirigirse sí mismo y buscar así, según su autocriterio, la felicidad. Toda ayuda y empuje es esta concepción antropológica, no arraigada en lo más profundo del hombre, sino en la mera experiencia sensible.

Memoria, imaginación y afectividad deben estar ordenadas en la búsqueda de la verdad; si este orden es invertido por la búsqueda de placer, el ser humano pierde su identidad originaria. De este modo, el hombre se busca a sí mismo y se cree libre, ésta es la razón de ser de su vida, y sin embargo, este fenómeno sólo ocurre en el psiquismo, que es la parte superficial de la inteligencia, la parte superficial del corazón. El orden adecuado de la estructura personal del hombre se invierte y, como consecuencia, se produce un proceso que podríamos denominar de “encapsulamiento ontológico”: todo en la persona se pone al servicio de sí mismo. Haciendo que se autoofrezca toda su riqueza, busca su propia felicidad, pero no parte de lo interior, que es su espíritu, sino desde la propia experiencia sensible, que cae fácilmente en el hedonismo.

La persona ha quedado desunificada ante la realidad, vive para sí, el otro no existe, todo se lo ofrecerá a sí mismo, ha perdido el oriente que lo saca de sí y lo lanza hacia la realidad (tentación genésica: sé tu mismo libre y la razón de ser de tu propia vida. Gen. 3). Ante todo esto dice San Pablo: “Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor. 5, 15). Vivir para uno mismo es un error antropológico, que conduce con toda probabilidad a la muerte ontológica del educando.

El hombre, desde que nace, lo quiere todo para sí, afirmando el “yo” (A. Polaino, 2004) por lo que la persona necesitará de este giro vital del “yo” al “tú” (E. Mounier, 1990), donde el educador tendrá una parte sustancial.

4. IDENTIDAD ÚNICA DE LA PERSONA

Uno de los fines de la educación es que la persona descubra que dentro de ella hay un espacio muy secreto y misterioso que los demás no ven, pero que es su identidad profunda (E. Stein, 2007). Es esta identidad precisamente con la que se conducirá en la vida y no sólo con la imaginación, afectividad y memoria que, aunque son importantes, no son el fondo de la persona misma.

Una persona unificada interiormente no se deja conducir por la imaginación, la afectividad y la memoria, aunque experiencialmente le acompañen. Si Cristo está en el educador y en el educando, prácticamente el trabajo está logrado. El educador cristiano siempre llevará al hombre a este camino de interioridad. Existen dos modos de conocer: el de los sentidos y el de la Fe, totalmente distintos. El conocer por la Fe junto con la razón es el modo perfecto de conocimiento en el ser humano (Juan Pablo II, 1998). Conocer sólo desde los sentidos sería conocer de un modo parcial la realidad.



Para educar no sólo hay que tener en cuenta los dones naturales, como la inteligencia, la memoria, la vista, el gusto..., porque estos son caducos, no determinan a la persona sino que la acompañan. A veces se alaba de un alumno su inteligencia, no siendo esto lo verdaderamente admirable en el educando. A pesar de todo, la escuela de vida debe fortalecer en el educando estos dones que lo conducirán a su verdadera vocación.

El educador debe tener presentes los dones espirituales (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1831), que son los eternos; aun perdiendo los dones naturales, éstos podrán continuar en su misión. El educador no debe dejarse fascinar únicamente por los dones naturales de un alumno, sino que debe tener una mirada trascendente sobre el educando. Los sentidos tienen una vida limitada, pero la vida interior es ilimitada y eterna. Podemos perder la vista y no por ello perder la capacidad de amar.

Los dones más grandes que tiene la persona son los invisibles, los espirituales, son los que constituyen los valores nucleares de su personalidad, “es donde la persona moral se edifica como tal” (R. Guardini, 2006). Los sentidos pueden engañar al hombre. Hay personas que aparentemente son deslumbrantes y su interior es completamente estéril para los que las rodean; aun cuando posean unos dones naturales buenos, no han sido puestos al servicio de los demás y este egocentrismo no da un fruto maduro y constructivo (E. Mounier, 1990). Educar en lo que los sentidos nos ofrecen únicamente, en la competitividad, por ejemplo, o en el pragmatismo..., no es una educación integral, aun cuando se consigan metas académicas adecuadas (cf. E. Stein, 2007; R. Guardini, 2006; E. Ortiz, J. Prats y G. Arolas, 2004). El educando no debe ser formado únicamente en el desarrollo de sus capacidades, sino también en la donación, en el descentramiento. Hay que librar al educando de caer en un individualismo estéril, en el utilitarismo. La educación debe realizarse en la identidad única y profunda que caracteriza a la persona: el amor, capaz de integrar el desarrollo de sus facultades y su identidad. El amor es origen, medio de desplegar y fin esencial, que logra desarrollar el ser humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUSTÍN DE HIPONA (1999). *Confesiones*. Madrid: BAC.
- ARREGUI, J. V. y J. CHOZA (2002). *Filosofía del hombre: Una antropología de la intimidad*. Madrid: Rialp.
- BENIGNO, J. (2002). *El humanismo de la logoterapia de Víctor Frankl*. Pamplona: Eunsa.
- Biblia de Jerusalén* (1998). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- CAFARRA, C. (1995). *Ética general de la sexualidad*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- Catecismo de la Iglesia Católica* (1992). Roma.
- FRANKL, V. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- GEVAERT, J. (1993). *El problema del hombre*. Salamanca: Sígueme.
- GUARDINI, R. (2006). *Las etapas de la vida*. Madrid: Palabra.



- JUAN PABLO II (1998). *Fides et ratio*. Roma.
- JUAN PABLO II (1993). *Veritatis Splendor*. Roma.
- MOUNIER, E. (1990). *El personalismo. Obras completas (vol. III)*. Salamanca: Sígueme.
- RATZINGER, J. (2005). *Religio vera: Fe, verdad y tolerancia*. Salamanca: Sígueme.
- ORTIZ, E., J. PRATS y G. AROLAS (2004). *La persona completa. Aproximación desde la antropología, la psicología y la biología*. Valencia: Edicep.
- PÉREZ ADÁN, J. (2001). *Diez temas de Sociología*. Madrid: Eiunsa.
- PÉREZ ADÁN, J. y J. ROS (2003). *Sociología de la familia y la sexualidad*. Valencia: Edicep.
- POLAINO, A. (2004). *Familia y Autoestima*. Barcelona: Ariel.
- SCOLA, A. (2001). *Hombre-mujer. El misterio nupcial*. Madrid: Encuentro.
- STEIN, E. (2007). *La estructura de la persona humana*. Madrid: BAC.
- SCHULTZ, D. y E. SCHULTZ (2003). *Teorías de la Personalidad*. Madrid: Thomson.

